

## **6ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 1,40-45.**

*En aquel tiempo se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas:*

*-Si quieres, puedes limpiarme.*

*Sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó diciendo:*

*-Quiero; queda limpio.*

*La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio.*

*El lo despidió, encargándole severamente:*

*-No se lo digas a nadie; pero para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés.*

*Pero cuando se fue, empezó a divulgar el hecho con grandes ponderaciones, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en descampado; y aun así acudían a él de todas partes.*

# **SI QUIERES, PUEDES LIMPIARME**

El Evangelio de hoy nos presenta «el encuentro entre Jesús y un hombre enfermo de lepra». Los leprosos eran considerados impuros y, según las prescripciones de la Ley, debían permanecer fuera de los lugares habitados. Vivían solos, excluidos de toda relación humana, social e incluso religiosa, pues no podían entrar en el Templo. Su condición era realmente penosa, porque la mentalidad de aquel tiempo los hacía sentir impuros, no solo delante de los hombres, sino ante el mismo Dios. Por eso el leproso del Evangelio suplica a Jesús con estas palabras: «Si quieres, puedes limpiarme»

Al oír eso, «Jesús sintió compasión». Es importante fijar la atención en esta resonancia interior de Jesús. No se entiende a Cristo si no se entra en su corazón lleno de compasión y de misericordia. Es esta la que lo empuja a extender la mano hacia aquel hombre enfermo de lepra, a tocarlo y a decirle: «Quiero; queda limpio»

Lo más reseñable es que «Jesús toca al leproso», pues era algo que estaba totalmente prohibido por la ley mosaica. Tocar a un leproso significaba contagiarse no sólo en el cuerpo, sino también interiormente, en el espíritu, y, por lo tanto, hacerse impuro. Pero en este caso, «la influencia no va del leproso a Jesús para contagiarlo, sino de Jesús al leproso para purificarlo».

Y en esta curación, más allá de la compasión o la misericordia, admiramos «la audacia de Jesús», que no se preocupa ni del contagio ni de las prescripciones legales, sino que «se commueve solo por la voluntad de liberar a aquel hombre de la maldición que lo opprime». Con este gesto, Jesús muestra que Dios no es indiferente, que no se mantiene a una «distancia seguridad». Por el contrario, «se acerca con compasión y toca nuestra vida para sanarla con ternura». Es el estilo de Dios: «cercanía, compasión y ternura»

Así, de este modo, Jesús cumple la Buena Noticia que Él mismo anuncia: «Dios se ha hecho cercano a nuestra vida», tiene «compasión de la humanidad herida» y viene a «derribar las barreras que nos impiden vivir nuestra relación con Él, con los demás y con nosotros mismos».

En este episodio es importante también resaltar la actitud del leproso, que a pesar de las prescripciones de la Ley, sale de su aislamiento y va a ver a Jesús. Su enfermedad era considerada un castigo divino, pero sin embargo, él «vio en Jesús otro rostro de Dios». No el Dios que castiga, sino «el Padre de la compasión y del amor».

El Padre que nos libera de nuestros errores y pecados y que nunca nos excluye de su misericordia. Y es que Dios es bueno. «*Dios perdona siempre y además no se cansa de perdonar*». Tal es así, que aquel hombre sale de su aislamiento. La actitud de Jesús lo atrae y le anima a salir de sí mismo y a «*confiarle a Él su historia de dolor*».

Hoy en nuestra sociedad hay muchos hermanos nuestros que sufren de esta enfermedad o de otras enfermedades y condiciones a las que, lamentablemente, «*se asocian prejuicios sociales y son despreciados*». Este prejuicio social de rechazar a la gente con la palabra podría estar justificado si el juicio realizado fuese cierto. Pero esa certeza no la podemos tener, no está a nuestro alcance. Solo Dios sabe de las limitaciones, errores, pecados y circunstancias de cada uno de nosotros. Y por tanto «*no podemos prejuzgar*».

«*Ninguna enfermedad es causa de impureza*». La enfermedad ciertamente involucra a toda la persona, pero de ningún modo la afecta o la inhabilita para una relación con Dios. De hecho, una persona enferma puede permanecer aún más unida a Dios. Sin embargo, «*el pecado sí que nos hace impuros*». El egoísmo, la soberbia, la corrupción, esas son las enfermedades del corazón de las cuales debemos purificarnos, dirigiéndonos a Jesús como a Él se le dirigió el leproso, con la voz del corazón: «*Si quieres, puedes limpiarme*».



En este contexto de curaciones celebramos, precisamente hoy 11 de febrero, festividad de la Virgen de Lourdes, la «*Jornada Mundial del Enfermo*» bajo el lema «*Dar esperanza en la tristeza*». Con este motivo el Papa Francisco nos recuerda que «*los cristianos estamos especialmente llamados a hacer nuestra la mirada compasiva de Jesús*» y «*nos invita a cuidar*» a quienes sufren y están solos, marginados o descartados.

Es pues una gran ocasión para contemplar, a Jesús como «*verdadero médico de los cuerpos y de las almas*» y acudir a Él en el «*Sacramento de la Reconciliación*», con el corazón arrepentido, diciéndole: «*Si quieras, puedes limpiarme*». Y Él nos contestará: «*Quiero, queda limpio*». ¡Cuánta alegría hay en esto! Así, la lepra del pecado desaparece, volvemos a vivir con alegría nuestra relación filial con Dios y quedamos reintegrados plenamente en la comunidad. ¡Que así sea!